



FOR MORE
INFORMATION
CALL
380-651-4331



Temas humanísticos y sociales



Por una

resignificación política de la izquierda

(2.^a parte)*

Víctor Manuel Moncayo C.**

La oscilación ambivalente de la multitud

Es necesario entender la ambivalencia como un predicado o rasgo de la multitud, sobre la cual insiste Virno en casi todos sus escritos, a propósito de las diferentes características de la multitud contemporánea.

En textos recientes, Virno (2006, p. 6) plantea cómo esa indagación sobre la “naturaleza humana” está enlazada con la lucha política. No se trata, sin embargo, de la tontería de deducir una estrategia y una táctica políticas de los rasgos distintivos de nuestra especie.¹ Por el contrario, cuando la naturaleza humana (las aptitudes invariantes de nuestra especie) es un recurso económico central del capitalismo posfordista, ella no es la solución, sino parte del problema.

La definición de Marx de que la fuerza de trabajo es “el conjunto de las capacidades psíquicas y físicas de un cuerpo humano” se ha vuelto solo hoy plenamente verdadera, pues es ahora cuando esas competencias básicas cognitivas y lingüísticas han sido puestas a trabajar. Por eso, quien “descuida la indagación sobre la ‘naturaleza humana’ no está en condiciones de comprender las características sobresalientes de la fuerza de trabajo contemporánea. El panorama teórico actual está atestado de naturalistas ciegos a la historia y de historicistas que se indignan si se habla de naturaleza” (Virno, 2006, p. 7).

Pues bien, para Virno hay que luchar contra la carga destructiva inscrita en nuestra especie, con la “negatividad” de un ser dotado de lenguaje. Así como las aptitudes genéricas hacen posible la innovación, también alimentan la agresividad en los enfrentamientos entre semejantes.

De allí que “pensar que la multitud es absoluta positividad es una tontería inexcusable; la multitud está

* La primera parte de este texto aparece en la edición 69 de *Hojas Universitarias* (p. 6).

**Analista político.

1 En opinión de Virno, esto es “lo que hace Chomsky [...] cuando dice que el animal humano, dotado por motivos filogenéticos de un lenguaje capaz de hacer cosas siempre nuevas, debe batirse contra los poderes que mortifican su congénita creatividad. Buenísimo, pero ¿qué ocurre si la creatividad lingüística se vuelve recurso económico fundamental en el capitalismo posfordista?” (2006, p. 6).

sujeta a disgregación, corrupción, violencia intestina”. Y **tenemos** que asumir la responsabilidad de “asumir toda la realidad de lo negativo, en lugar de excluirlo o velarlo”, pues conocerla nos puede servir para “inventar nuevos y más satisfactorios modos de vivir” (Virno, 2006, p. 9).

La oscilación permitida por la multitud en su ambivalencia, por ejemplo, da lugar a que, a pesar de la crisis del Estado central moderno, este se reproduzca mediante una serie de metamorfosis inquietantes.

Es el “estado de excepción permanente”, como “uno de los modos en que la soberanía sobrevive a sí misma, prolonga indefinidamente la propia decadencia”, hasta tal punto que —reproduciendo el símil marxista de la propiedad privada superada por la misma propiedad privada en la sociedad por acciones— el “estado de excepción permanente” indica “una superación de la forma-Estado sobre la base misma de la estatalidad”. Aunque, también puede verse esa “perpetuación del Estado, de la soberanía”, como “la exhibición de su propia crisis irreversible, de la plena madurez de una república ya no estatal” (Virno, 2006, pp. 10-11).

Del otro lado, está la aptitud de la multitud para innovar y crear. No son admisibles las comparaciones. Pero, si estamos ante un nuevo siglo XVII, se reedita bajo otras formas la necesidad de la manifestación de la multitud sin buscar un uno distinto de aquel que la precede, como lo ha sido, desde entonces, el pueblo. La multitud de hoy, como la de ayer, está a la búsqueda de

[...] fomentar el colapso de la representación política, no como gesto anarquista, sino como búsqueda realista de nuevas formas políticas. Ya Hobbes se ponía en guardia contra la tendencia de la multitud a dotarse de organismos políticos irregulares. Pero es obvio que la democracia no representativa basada en el General

Intellect es algo muy distinto de aquello contra lo que arremetía Hobbes. Nada de intersticial, marginal, residual: más bien, la concreta apropiación y rearticulación del saber/poder hoy congelado en los aparatos administrativos del Estado (Virno, 2003, p. 37).

Existen muchas dificultades en esta materia, pues la multitud rescatada como categoría histórica carece del léxico, del vocabulario conceptual adecuado, y de las codificaciones que sí ha adquirido el Pueblo a lo largo de los siglos. Pero, de todas maneras, en medio de su ambivalencia, la multitud es extraordinariamente fértil, hasta tal punto que, como lo afirma Carl Schmitt, recordado por Virno, “si reaparece la multitud, desaparece el pueblo”: “La época de la estatalidad está llegando a su fin [...]. El Estado, como modelo de unidad política, el Estado, como titular del más extraordinario de todos los monopolios, el monopolio de la decisión política, está por ser destronado” (Virno, 2003, p. 38-39).

Pero no se trata de un “antiestatismo ingenuo”, a partir de una supuesta bondad originaria de la multitud, sino siempre de cara a su ambivalencia, y teniendo en cuenta que la crítica radical del capitalismo es difícil, pues él valoriza a su manera la naturaleza humana.

No podemos tampoco negar que las “instituciones” son decisivas, pues “son el modo en que nuestra especie se protege del peligro y se da reglas para potenciar la propia praxis”. Pero

[...] el desafío es individualizar cuáles son las instituciones que se sitúan más allá del monopolio de la decisión política encarnado en el Estado. O, incluso: ¿cuáles son las instituciones a la altura del ‘General Intellect’ del que hablaba Marx, de aquel ‘cerebro social’ que es, al mismo tiempo, la principal fuerza productiva y un principio de organización republicana? (Virno, 2006, p. 11-12).

Las dimensiones anticapitalistas de la izquierda

Más allá de toda pretensión de otorgar a la izquierda un sentido unívoco, pues seguirá utilizándose la expresión con múltiples y variados matices —calificándola de mil maneras como democrática, popular, radical, proletaria, unida, revolucionaria, progresista, alternativa, etc., etc., acogiéndonos al criterio de que su contenido es una opción política—, su resignificación la entendemos necesariamente como una confrontación definitiva del sistema capitalista, con los rasgos que ha asumido en nuestra contemporaneidad. De esta manera, la comprendemos y la asumimos en sus dimensiones anticapitalistas.

Es decir, aunque continuemos usando la expresión *izquierda*, enraizada en ese origen topográfico de la Asamblea Nacional de la Revolución Francesa, tenemos que identificarla ahora, más allá de la retórica del favorecimiento a los sectores populares, como la posición social y política de confrontación del sistema capitalista, en la perspectiva de superarlo y sustituirlo.

No se trata, en consecuencia, de aceptar la convivencia con el sistema capitalista aún vigente, pretendiendo ingenuamente que puede tener una faz benefactora de los excluidos y explotados, mediante reformas llamadas redistributivas o accediendo al poder del Estado para redirigir su gestión.

La acción, por el contrario, ha de descreer plenamente del paradigma del poder y de su entendimiento trascendente, para no detenerse en los vicios o perversiones de su organización y funcionamiento, que evidentemente existen y puede existir, ni mucho menos ambicionar que todo puede ser distinto si se accede a él.



En ese contexto, de manera oscilante, se presenta a la izquierda como la posición que enfrenta y combate las tendencias autoritarias.

El objetivo debe ser construir otra forma de vida que corresponda al común y cuyas instituciones estén presididas por una democracia no representativa, en una esfera pública no estatal, que no repose sobre el monopolio de las decisiones ni mucho menos de la fuerza. Se aceptan, sí, las transiciones y las etapas intermedias, pero siempre hacia el mismo fin, así como las reformas, pero no como soluciones, sino como instrumentos para garantizar el éxodo.

Tales dimensiones anticapitalistas, si bien adquieren su particularidad en el contexto específico de cada sociedad, pueden dibujarse de manera más general teniendo en cuenta la realidad de la época actual del capitalismo a que hemos hecho alusión atrás; es decir, pensando en la perspectiva de salir de ella hacia organizaciones societarias de signo alternativo.

Con toda la cautela que en este caso se impone, y solo en términos de formulaciones provisorias para el debate, consideraremos las que, a partir de las elaboraciones teórico-políticas en las cuales abrevamos, estimamos como cardinales para esa resignificación de la izquierda en nuestro tiempo.²

De las prácticas destituyentes a los procesos constituyentes

Como lo planteara Marx (1982) en una de sus cartas a Ruge (septiembre de 1843), una nueva tendencia no debe anticipar dogmáticamente el mundo, sino buscar “encontrar el nuevo mundo a través de la crítica del viejo”, teniendo en cuenta que “construir el futuro y asentar todo definitivamente no es nuestro asunto”, pero que, en el presente, debemos llevar a cabo “la crítica despiadada de todo lo existente”. En este sentido, en el necesario comienzo están las prácticas destituyentes de las instituciones vigentes y de las ideas dominantes.

Son esas prácticas de ruptura con lo preexistente las que permiten expresar el deseo de una nueva sociedad y activar la potencia de crear, animar y regular nuevas formas de vida; son las que crean circunstancias en las cuales pueden crecer relaciones más iguales, comunes y sostenibles; en fin, son las que crean la base real para nuevos procesos constituyentes que nos sitúen más allá de la



realidad rechazada, sin que estos procesos se confundan con los denominados también constituyentes pero que conducen a la estabilidad y al remozamiento de los Estados nacionales, acudiendo como siempre a la idea democrático-representativa (Hardt y Negri, 2012, p. 64).

La izquierda tiene que alentar esas prácticas destituyentes, es decir, de crítica de todo lo existente, con la ambición de encontrar, más allá de la resistencia y el rechazo, procesos constituyentes de una realidad nueva mediante la experimentación social

2 Entre otros intentos de replantear a la izquierda cercanos a esta aproximación se encuentran los siguientes: Wallerstein (2005) y Hardt y Negri (2011).



y política. Nada ni nadie asegura que sean exitosas, pero son el único camino del éxodo que en determinado momento histórico deben florecer. No son inútiles (Hardt y Negri, 2012, pp. 59-60).

En esa ruta de lo destituyente a lo constituyente, hay que encontrar acciones encaminadas a “garantizar los derechos de la vida y proporcionar las necesidades para una existencia segura, saludable y digna” (Hardt y Negri, 2012, p. 64); que detengan “la degradación y la destrucción de especies vegetales y animales y la contaminación de la tierra y

de los mares”; que satisfagan las necesidades humanas de alimentación, salud y vivienda; y que pongan fin a la guerra y al estado de guerra.

Como lo advierten Hardt y Negri (2012, p. 66-67):

[...] en este esfuerzo resulta absolutamente esencial el trabajo que muchos están llevando a cabo hoy en día, utilizando los medios legales de los sistemas nacionales e internacionales como una especie de contrapoder. Demandas colectivas contra las corporaciones contaminantes; demandas de derechos humanos contra la guerra, la tortura y los abusos policiales y defensa de refugiados, migrantes y presos.

Estas acciones usan el poder del juez contra el rey, explotando elementos del sistema jurídico contra el poder soberano. Sin embargo, aunque sean esenciales, las operaciones de esos contrapoderes son siempre limitadas y están circunscritas por el poder soberano al que apelan, ya sean los Estados-nación o los sistemas internacionales. Por añadidura, su poder se ve cada vez más limitado a medida que los poderes soberanos de los Estados-nación y de las organizaciones internacionales se ven hoy progresivamente mermados”.

“La biopolítica necesita armas de coerción a su disposición, más allá de los medios de apelación proporcionados por el derecho nacional e internacional, para construir contrapoderes. Los contrapoderes democráticos deben ser capaces de forzar a las corporaciones y a los Estados-nación a abrir el acceso al común —a repartir la riqueza equitativamente a fin de que todo el mundo vea satisfechas sus necesidades básicas— y de detener la destrucción y reparar el daño hecho a los sistemas sociales y los ecosistemas, a las poblaciones y al planeta.

¿Cómo pueden ser contruidos esos contrapoderes y de dónde sacan su fuerza?

No tenemos claro cómo habrá de ocurrir esto. Pero lo que está claro son las necesidades urgentes de la humanidad y de la tierra, y las incapacidades de todos los poderes existentes para satisfacer esas necesidades”.

“Todo esto es una de las principales preocupaciones de quienes están en la lucha hoy. Toda persona que haya siquiera pasado por una acampada ha batallado con estos problemas. Y tienen, además, otra preocupación, más local e incluso mundana: ¿qué significa contrapoder y qué tipo de fuerza es adecuada cuando la policía ataca y las fuerzas del orden intentan desalojarlos? Tampoco tenemos una respuesta satisfactoria para esta pregunta, tan solo la convicción de que los pacientes procesos constituyentes deben verse complementados por contrapoderes inmediatamente activos”.

El desarrollo de nuevas categorías

Poniendo siempre el acento en que son las experiencias colectivas de éxodo las que deben desembocar en nuevas categorías — que no son, por lo tanto, creaciones del espíritu ni elaboraciones conceptuales de mentes lúcidas, ni obra de pensadores o filósofos—, la izquierda debe contribuir a ese proceso eliminando de su accionar todas aquellas abstracciones que han acompañado y fortalecido la idea del Estado nacional, fundamentado en el pueblo como unidad que borra la realidad primera de la multitud.

En esta misma dirección, deberá insistir en la singularidad como predicado de la multitud, para oponerla a la idea de individuo desarrollada por el liberalismo. En lugar de los individuos como origen primario de una unidad posterior que los somete y domina, como lo ha sido y sigue siéndolo el Estado, hay que tener como punto de partida nuestra singularidad, que solo reconoce como

unidad nuestras aptitudes genéricas en cuanto especie.

La izquierda ha de enarbolar un discurso sobre las singularidades y no sobre las individualidades a la manera liberal, para así reconocer el ser de la multitud, como expresión de clase, y no continuar valorando la categoría pueblo, fuente de los lazos de dominación que cristaliza el Estado, ni mucho menos permitir el advenimiento de otra forma de unidad que la desconozca y la someta.

Solo reconociéndonos como singulares, y no como individuales, podremos en verdad estar juntos, formar parte del común. “Solo una subjetividad singular descubre que no hay acontecimiento sin una recomposición con otras singularidades” (Hardt y Negri, 2012, p. 40-41).

Hay que abrir perspectivas para la expresión de los muchos, es decir, de las singularidades que, en conjunto, constituyen la multitud, aunque aún sigan enlazadas por la unidad que representa la categoría de pueblo nacional.

Frente a ellos, la izquierda debe reconocer las diferencias irreductibles de los seres humanos, impidiendo que se borren en virtud de unidades integradoras. Ha de tener vigilancia sobre la unidad nacional y, sobre todo, sobre su exacerbación nacionalista, que abunda tanto en la derecha como en muchas formas de la izquierda. Todo esto para contribuir a que se despliegue la multitud en su riqueza, a la vez que se controla su ambivalencia.

Contra la máquina democrático-representativa

A partir de la atomización individual, y de su doble presencia en las esferas civil y

política que caracteriza la organización capitalista, se admite la participación individual a través del mecanismo de la representación, núcleo de la ideología democrática. Es la realidad teorizada por quienes elaboraron los constructos del contrato o pacto social en sus múltiples versiones, a la manera hobbesiana o rousseauiana, por ejemplo. Luego repetidas y coreadas por todos quienes afirman acercarse al Estado como objeto de conocimiento, con muy pocas excepciones.

Conforme a tal ideología, los individuos constituyen una voluntad general diferente de las voluntades particulares, cada uno se niega a sí mismo para





Las
posibilidades
que antes se
tenían han
sido en efecto
estranguladas,
pero se abre
el panorama
virgen de la
construcción
de otras.

permitir que se entronice el Estado y su orden jurídico. Así, abren el camino a una institucionalidad que se desprende de su fuente originaria y que puede hasta llegar a desconocer o a desbordar a las individualidades que son sus gestoras.

A esos efectos, funciona la teoría de la representación, que, aunque se inspira en la figura del mandato individual, se desdibuja en la anonimidad de la comunidad ciudadana nacional, para que así se borre toda posibilidad de remisión a las singularidades originales.

Así funciona, entonces, la esfera representativa del interés general, separada y distinta de la voluntad de quienes contribuyen a su organización y a su funcionamiento. Esta, además, explica y legitima la existencia de un cuerpo especializado de representantes, la clase política, que responde a la imposibilidad de que exista un vínculo real entre el Estado y las singularidades; un verdadero tránsito metafísico de la “voluntad de todos”, que constituye la sociedad, a la “voluntad general”, es decir, la voluntad de los preseleccionados por todos, pero que “no responden ante nadie” (Hardt y Negri, 2012, p. 35).³

Todo eso nunca lo ponemos en duda. Por el contrario, siempre lo reiteramos y fortalecemos:

No nos inquieta el esquema, que de manera expresa admitimos, sino sus elementos circunstanciales y aleatorios, como la composición de la clase política, su renovabilidad, la mayor movilidad para acceder a ella, la pureza de sus comportamientos, la duración de su “mandato”, la objetividad de su selección, la eliminación de las prácticas viciosas de participación electoral, etc. (Moncayo, 2004, p. 67).

3 Los autores agregan: “Como dice Carl Schmitt, representar significa hacer presente una ausencia o, en realidad, a nadie en concreto. La conclusión de Schmitt es perfectamente coherente con los presupuestos de Rousseau, que a su vez se expresan en la Constitución estadounidense y en las Constituciones de la Revolución francesa. La paradoja de la representación es completa. Lo único que sorprende es que pudiera funcionar durante tanto tiempo y, en su vaciedad, solo podía hacerlo respaldada por la voluntad de los poderosos, de los poseedores de riqueza, de los productores de información y de los instigadores del miedo, predicadores de la superstición y la violencia”.

Pues bien, gracias precisamente a las expresiones recientes de la multitud en todas las latitudes y ante sociedades estatales con regímenes distintos, la verdadera izquierda de los movimientos ha abierto ya el camino de ruptura y de confrontación del sistema representativo.

Obviamente, a esto ha contribuido el derrumbe de la soberanía estatal debido al paso avasallador del gobierno global, cuya institucionalidad aún está en proceso de construcción, y que ha permitido que las decisiones ya no circulen por los cuerpos representativos de los Estados nacionales y que no se apele para legitimarlas a la función representativa. Ahí están las consignas que evidencian ese encuentro de ruptura: “¡que se vayan todos!”, “¡esa deuda no es nuestra, no la pagamos!”, “¡democracia real ya!”.

Este es un horizonte nuevo de la izquierda. Aun cuando muchas de las orientaciones en este campo no pueden estar desligadas de la problemática de cada sociedad particular, en términos generales puede decirse que la izquierda debe denunciar la significación del régimen representativo y no solo sus vicios, deformaciones e imperfecciones; debe descalificar la utilidad real del régimen de partidos, más allá de las fórmulas múltiples que pueden regularlo; debe confrontar todo régimen autoritario y de excepción; debe controvertir todas las tendencias, reformas y políticas adecuadas a la transformación capitalista en curso; debe advertir los peligros ideológicos y de cooptación que se esconden tras las llamadas formas de democracia participativa y comunitaria; debe deslegitimar la viabilidad de soluciones reales mediante reformas constitucionales o legales o políticas públicas, bajo el actual sistema de organización social-productiva y el régimen político vigente; debe evitar la celada del reordenamiento

del sistema político para atender sus anomalías, tales como el clientelismo, la corrupción, el burocratismo, etc.; debe controvertir y rechazar las nuevas formas del orden capitalista global; debe considerar la posibilidad de construir formas de transición en la dirección señalada por el éxodo; y debe, en fin, impulsar etapas de transición poscapitalista cuando las condiciones así lo exijan y lo permitan.

De lo público y lo privado a lo común

La gran transformación del capitalismo en la época que vivimos ha determinado que el Estado-nación ya no esté en capacidad de ejercer el control de la relación del capital, pues las luchas obreras internas a que dio lugar el Estado-nación, así como las luchas antimperialistas y anticoloniales, agotaron esa forma histórica como modalidad garante del desarrollo capitalista. Ha llegado a su fin la fase imperialista del desarrollo capitalista, entendida como proceso expansivo del poder del Estado-nación, y, de igual manera, ha concluido el mundo del “socialismo real”, cuya soberanía hizo crisis por la reivindicación de libertad.

La subsunción real del trabajo al capital comenzada por el maquinismo ahora ha comprometido a todo el conjunto de la vida social. De ahí que la explotación ya no remite a la teoría del valor-trabajo y a la relación salarial clásica, pues ha quedado atrás la prevalencia del trabajo material, que es sustituido por la dominación hegemónica del trabajo inmaterial. Estamos en la “época de la producción biopolítica”.

Por eso, la izquierda tiene que dar una respuesta nueva y satisfactoria a la caducidad de las categorías con las cuales se comprendía la explotación capitalista en otro momento.

El clásico concepto marxista de *plusvalía* ya no da cuenta de la realidad ni apoya la acción política, como empezó a pensarlo Negri en su libro *Marx más allá de Marx* (2001), concebida y escrita en la prisión. Según su expresión, hay que “reconocer que el sujeto del trabajo y de la rebelión han cambiado profundamente”.

Es en ese contexto donde reaparece la multitud, desligada por completo de lo que significa en el mundo presocial hobbesiano (en el cual es igual a la plebe o al pueblo que el Estado domina). Así, se recupera el verdadero contrapensamiento de la modernidad concebido por Spinoza.

La multitud en la sociedad posmoderna le “quita al poder toda transparencia posible” y hace que “solo pueda ser dominada de forma parasitaria y, por tanto, feroz”. La multitud debe encontrar la manera de erigirse como sujeto político, debe llegar a ser *Posse*,⁴ el poder de la multitud, que integre ser y conocer.

La multitud contemporánea no está compuesta por “ciudadanos” ni por “productores”, pues se ha roto la distinción entre lo individual y lo colectivo, entre lo privado y lo público. Los muchos de la multitud ya no necesitan la unidad de la forma del Estado-nacional, porque han reencontrado su unidad en las facultades genéricas de la especie humana.

Estamos ante una multitud como un concepto de *clase*, ya no de la clase obrera, sino de la clase de todas las singularidades productivas, de todos los obreros del trabajo material e inmaterial. Es una potencia ontológica que encarna un dispositivo que busca representar el deseo de transformar el mundo.

La multitud, como conjunto de singularidades, vuelve a expresarse y no admite que

sus diferencias sean reducidas a otra unidad distinta de la que la precede y que remite a su comunidad en cuanto especie. En tal sentido, desconoce la soberanía, pues puede regirse por sí misma, puede ser carne viva que se gobierna a sí misma. Como tal, además, puede hacer realidad la democracia entendida como gobierno de todos para todos. Siendo biopolítica la producción, es decir, dado que comprende todos los aspectos de la vida, la multitud es el sujeto común del trabajo, aunque aún siga sometida por la categoría de pueblo nacional.

A diferencia de lo que ocurrió cuando la burguesía, como nueva clase social emergente, sobrepuso a la multitud una soberanía edificada sobre el concepto de *pueblo nacional*, hoy, en la soberanía del nuevo orden global, la multitud resurge para imponer una sociedad alternativa que no disuelva las diferencias que se edifican a partir de nuestra unidad en cuanto especie.

Es esa multitud la que va al rescate de lo común, con todas sus implicaciones en los movimientos que hoy se escenifican en todas las latitudes y que son definitivamente al mismo tiempo la realidad y el porvenir de las luchas anticapitalistas en el mundo global al cual pertenecemos.

El capitalismo contemporáneo ha llevado a desdibujar casi por completo la noción de lo *público*, como opuesta a lo *privado*. Así, ha hecho añicos esa distinción y ha hecho evidente que lo público nada tiene que ver con el interés general.

En ese proceso, se observa, por lo tanto, no solo un traslado amplio y progresivo de sectores abandonados por el Estado al ámbito de la empresa privada, sino una redefinición de las instituciones públicas para acercarlas al carácter y a la lógica empresariales, a tal punto que, en la práctica, en nada

4 Nombre de la revista italiana que dirigió y animó Antonio Negri.

se distinguen de aquellas, salvo por la formalidad jurídica de su origen y naturaleza.

Ese es el verdadero sentido de la privatización: no se trata solo de que agentes privados asuman la producción de determinados bienes y servicios, sino también de que las entidades públicas continúen atendiendo algunas de esas producciones, pero según reglas de operación análogas a las privadas.

La izquierda está en capacidad, por lo tanto, de ir más allá de la separación entre lo público y lo privado, que estructuraba la organización capitalista, y, sobre todo, de evitar caer en la valoración y sublimación de lo público, cuya realidad se ha evidenciado como desligada totalmente del “interés general” que proclama ideológicamente.

Debe tener la audacia de ir en pos de lo común, no solo en términos de acceso a los bienes naturales o sociales, sino también de una gestión de estos no privada ni estatal, confiada a las prácticas autónomas y verdaderamente democráticas del obrar común.

Colofón

Todo lo dicho, sabemos, adolece de muchas deficiencias y limitaciones, atribuibles a factores personales, pero, sobre todo, a las dificultades planteadas por la comprensión y el reconocimiento de la nueva época del capitalismo.

El mensaje principal, sin embargo, va dirigido a plantear para la izquierda un camino que la conduzca a abandonar la vieja tendencia de aspirar a tomar el poder, que bien sabemos siempre ha concluido en reemplazar a los capitalistas en la gestión del mismo sistema, para situarse en la ruta de la búsqueda de lo común, que no es lo mismo que lo colectivo o lo público como agregación de individualidades.

El común es el único espacio posible para que se despliegue un proceso constituyente que sea respuesta alternativa a la modernidad capitalista, sumida en una crisis para la cual no tiene diagnósticos ni recetas. ■

Bibliografía

- Hardt, M. y Negri, A. “La constitución del común y las razones de la izquierda”, 2011. Consultado en <http://www.politicaycomun.com/2012/01/la-constituciondel-comun-y-las-razones.html>.
- Hardt, M. y Negri, A. *Declaración*. Madrid: Akal, 2012.
- Marx, K. *Escritos de juventud*. México: FCE, 1982.
- Moncayo, V. M. *El leviatán derrotado*. Bogotá: Norma, 2004.
- Negri, A. *Marx más allá de Marx*. Madrid: Akal, 2001.
- Virno, P. *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Colihue, 2003.
- Virno, P. *Ambivalencia de la multitud*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2006.
- Wallerstein, I. “Una política de izquierdas para una época de transición”. *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Wallerstein, I. (ed.). Madrid: Hacer Editorial, 2005. 145-152.